

Homilía de Mons. Eduardo García en la Basílica de Luján 8/12/2022

Que hermoso es ver esta plaza llena después de los años de pandemia. El primer año unos pocos que se animaron, al siguiente ya éramos más; y este volver a verla así me llena de alegría. Sin embargo, a pesar de haber pasado un tiempo difícil, vivimos los coletazos que dejó la pandemia y que se metieron debajo de nuestra piel sin que nos demos cuenta haciéndonos distintos. La inseguridad frente a la vida y el futuro nos llenó de miedo con la búsqueda de propias seguridades, la necesidad de tener garantías de cara a lo que hacemos. El miedo vino para quedarse. A esto le sumamos la pandemia social y sobre todos económica que no vinieron para quedarse porque ya estaban hace tiempo aumentó nuestro miedo y la necesidad de tener todo bajo control.

Y así venimos a la casa de nuestra madre, con nuestra vida cuetas, necesitados como el chico que viene a esconderse atrás de las polleras de su madre porque lo que está adelante le da miedo y busca quien lo cobije. Venimos buscando ayuda, refugio y consuelo. Y este es el lugar; porque María es, sin duda, una manifestación de la ternura de Dios. Ella es instrumento de la ternura de Dios en favor nuestro.

En los santuarios puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encontramos la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida y compartir las alegrías, aunque sean pocas.

Cada vez que miramos a María -nos dice el Papa Francisco- volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importante» (EG 288). Por eso, venimos, porque tenemos la certeza de que la Virgen María nos acompaña e intercede a Dios por nosotros. La certeza de que podemos acudir a Ella con toda confianza, cualquiera que sea la situación material o espiritual en la que nos encontremos. Venimos y ponemos nuestra cabeza junto a su corazón que, en cada latido como una letanía, con su tic, toc nos dice: “sí, sí”. Un “sí” repetido de aprobación y aceptación de madre. Un “sí” que dice “te quiero” y un “sí” de esperanza que nos dice avanza, seguí adelante, camina.

Siempre llama la atención la fuerza del “sí” de María. La fuerza de ese “hágase” que le dijo al ángel. Fue una cosa distinta a una aceptación pasiva o resignada. Fue algo distinto a un “sí” como diciendo: bueno, vamos a probar a ver qué onda. María no conocía esa expresión: vamos a ver qué pasa. Era decidida, supo de qué se trataba y dijo “sí”, sin vueltas. Fue algo más, fue algo distinto. Fue el “sí” de quien quiere comprometerse y el “sí” de alguien que quiere arriesgar, de quien quiere apostar todo, sin más seguridad que la certeza de saber que es portadora de una promesa. Por la fe dijo “sí”.

- La fe, confiar en Dios hace lo imposible

No hay fe sin algo en nosotros que acepte lo imposible. ***La fe, la esperanza y la caridad son creer, esperar y amar cuando no hay razón para creer, esperar y amar.*** La fe es una decisión de creer cuando no hay razones para confiar. Es como la de los padres del hijo adolescente está descontrolado. En un momento dado, le llevan aparte y le dicen: "Nos engañaste tres veces seguidas. No tenemos ninguna razón para volver a confiar en vos, pero decidimos confiar en vos". Esta fuerza, que no tenemos dentro de nosotros pero que queremos poner en marcha, viene de Dios, la fuerza del Resucitado dentro de nosotros. La esperanza no es vivir en un “dulce país de los ositos de peluche”, en el que pensamos que el futuro será luminoso gracias a Dios. Esperar es actuar. Confiar es decidir que hay un futuro posible, aunque a primera vista no sea evidente.

- ¡María no compró una garantía para una vida sin complicaciones!

A María, sin dudas, se le pedía una misión difícil, pero las dificultades no eran una razón para decir “no”. Seguro que vendrían complicaciones, pero no serían las mismas complicaciones que se producen cuando la cobardía nos paraliza por no tener todo claro o asegurado de antemano. ¡María se la jugó y por eso es fuerte, por eso es una *influencer*, es la *influencer* de Dios! El “sí” y las ganas de servir fueron más fuertes que las dudas y las dificultades»

- Cuando nos dejamos atrapar por nuestra inseguridad y por la duda quedamos estancados viviendo más de lo mismo

María no lo tuvo todo claro; su fe poniendo claridad a lo que iba viviendo. Cada “sí” que daba era confirmado por Dios. Cada “sí” que daba provocaba un “sí” de Dios más grande y más pleno.

- *El “sí” de la anunciación, y la duda de si sería verdad, es corroborado por Dios cuando toca la panza de Isabel.*
- *El “sí” de dar la cara a su prometido con ese hijo que iba creciendo en su vientre provoca el “sí” de José y ya son dos “sí”. El “sí” de José ahora sostiene el de María. Siempre necesitamos de otro “sí” que sostenga el nuestro.*
- *El “sí” del parto del hijo de Dios en un pesebre al desamparo de los hombres corroborado por el amparo de Dios por los pastores y los reyes ...*
- *El “sí” de Caná provoca la abundancia de vino nuevo y el inicio de la misión esperada de su hijo.*
- *El “sí” del calvario abrazando la cruz es corroborado con el abrazo a su hijo resucitado.*
- *Cuando nos arriesgamos Dios pone toda la carne al asador, porque no le ganamos en generosidad y a Dios no le gusta perder.*
- *Cuando Dios canta truco y nos arriesgamos con el re-truco; Dios canta vale cuatro y nos pone el ancho de espada para que no dudemos.*

Su “sí” es el de la mujer fuerte, sin romanticismos de estampita, el “sí”, que sostiene y acompaña, cobija y abraza. De ella aprendemos a decir “sí” en la cojonuda confianza y libertad de aquellos que no se achican y vuelven una y otra vez a comenzar. María “no pacta con la desilusión” que nos lleva a la tibieza y la mediocridad

María, es la chica de corazón grande capaz de estremecerse de alegría, la de los ojos brillosos por la certeza de ser amada, la del silencio que contemplaba cada cosa con fe y guardaba todo en su corazón. María es la inquieta: sí, inquieta; que se pone en camino, a Judá cuando supo que su prima la necesitaba, que vuelve a Nazaret para enfrentar la realidad, que camina a Belén por un decreto absurdo, que va a Jerusalén para rezar con su pueblo, que cuida a su hijo, en un país lejano, que vuelve a su tierra para empezar de cero, que se preocupa del vino, que reúne los discípulos muertos de miedo y los despabila, zarandea y anima para que sean una iglesia en salida que contagie la pasión por el reino.

Esta es la inmaculada a quien hoy celebramos, la limpia y pura concepción que no tuvo asco de embarrarse por los caminos de su tierra, de limpiarle la “caca” al hijo de Dios después de haberle clavado los ojos llenos de ternura mientras lo amamantaba dándole

vida. Esa es la muchacha que hoy es nuestra Madre, la que vela por estos hijos que caminamos por la vida muchas veces cansados, necesitados, pero queriendo que la luz de la esperanza no se apague. Eso es lo que queremos: que la luz de la esperanza no se apague. Nuestra Madre mira a este pueblo peregrino, pueblo querido por ella, que la busca; que necesita de su “sí” para animarnos en el nuestro de cada día. Eso es lo que le pedimos: danos la fe para dar el “sí”, que nos ayude a arriesgarnos, a no tener miedo y a construir esa tierra y esa vida nueva imposible para los hombres, pero posible para Dios.